Sto Stella Sánchez

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 13 DE MARZO DE 1922 | Nº 29

CABOS SUELTOS

AMA TU VIDA Y TU TRABAJO

Cuando es un estoico a la manera de Epicteto quien nos predica el desprecio de las cosas del mundo, cuando es un Diógenes quien desdeña la majestad de Alejandro, cábenos la duda de si será la condición de esclavitud o la de cínica miseria las que enturbien la claridad de visión requerida para apreciar el prodigioso valor de las riquezas que nos dan el confort, la influencia y el poder entre los hombres, el talento y la gracia y la sombra del amor entre las mujeres. Cuán distinta la atención con que honramos la palabra de un Marco Aurelio o la de Séneca o la de un Carnegie cuando nos declaran que los bienes que las riquezas nos procuran no siempre son los bienes durables, sin mudanza, a que aspira nuestro corazón.

David Belasco, quien ha amasado una fortuna con su teatro, recientemente, con ocasión de su 40º aniversario de Director de teatro, ha pronunciado un discurso de excepcional belleza. Describe en él la experiencia recogida durante todo ese tiempo. Diríais que el asunto ha debido ser el arte dramático, o la vida entre los artistas o el valor financiero de la escena. Pues no. Ha sido su discurso acerca del amor, porque él es lo «único que importa, lo único que cuenta».

«Mientras más vivo más profundo es mi desprecio por las cosas materiales y mejor veo que el amor es la cosa más grande, la más importante, la cosa eterna. Entiendo que Dios nos puso en el mundo para trabajar y ganar el pan con el sudor de nuestra frente; pero creo también que El nos hizo amar el trabajo tanto que pudiésemos convertirle en juego; encontrar intenso y profundo placer en ello hasta que la fatiga nos traiga el sueño. Creo que el último sueño es tan sólo el fin de otro día, y que habrá un mañana para trabajar, para jugar, para amar de nuevo.

»Las gentes me dicen, los doctores y los amigos:—Ud. trabaja con exceso. Yo respondo:—No, quizás juegue con exceso; el trabajo es mi juego. El amor es la única cosa que queda de nosotros en la obra que dejamos. Las únicas cosas que conservamos son aquellas de que nos desprendemos—como mi querido Elbert Hubbard solía decir.

»El hombre que no ama su trabajo, que no halla su deleite en él es un esclavo. Mas para proseguir con la tarea necesitamos el amoroso aliento.

»Me parece que amo todas las artes por igual»—decía nuestra amada Carlota Cushman — «sólo que pongo la nuestra un poco más alto que las demás, porque en ella reconozco la unión y culminación de todas las otras. Cuando Dios concibió el mundo, fué la poesía; cuando le formó, fué la escultura; cuando le dió color, nació la pintura; cuando le pobló de seres vivientes apareció el grande, el eterno Drama divino».

»La maldición de nuestro tiempo es ese vasto ejército de gentes a quienes nada importa su trabajo, que se atarean tan sólo por el dinero. Nadie puede hacer eso y alcanzar éxito.

»El llamamiento al amor es necesario no tan sólo en el drama, sino en todas las artes y las ciencias y los negocios; esa es su nota fundamental. Es su fundamento, y su argamasa y sus ladrillos y sus pilares, la cosa misma.

»Nada en el mundo es tan tremendo como un pensamiento; y un pensamiento de amor es omnipotente.

»Al lado del amor del trabajo existe otro amor: el que lo inspira. Detrás de toda obra hay el incentivo del amor de alguna mujer: esposa, madre, amante. El amor es el poder dominante en el arte y en las finanzas.

»Nada necesito decir del amor al trabajo de las mujeres. Ellas son el amor mismo. Tan sólo diré esto: Se exceden a sí mismas cuando trabajan para aquellos a quienes aman.

»No mencionaré fecha alguna. Me es indiferente el tiempo. Soy de los que saben que el tiempo es una ilusión. Puede el tiempo haber desparramado alguna ceniza sobre mis cabellos; yo nunca me he sentido con más de 25 años y nunca he visto ni jamás veré una mujer que parezca tener más de 21.

»Barcos que pasan en la noche y se hablan
[uno a otro al pasar,
sólo se dan una señal y una palabra en las
[tinieblas:
así en el océano de la vida pasamos y uno a
[otro nos hablamos,
sólo nos cambiamos una mirada y una pala-
[bra, luego tinieblas
y silencio de nuevo.

»La belleza de la vida, y toda la belleza de la vida, yace en esa mirada y esa palabra que nos cambiamos antes de pasar hacia el silencio, en la voz de aliento y en el amor que nos damos mutuamente durante los fugaces años que vivimos en este mundo. Porque cada día debemos decirnos con el profeta: ¿«Cuánto tiempo miraré ese estandarte y escucharé esa trompeta»?

»Y así, amigos, repetiré con Bruto: Si nos volvemos a encontrar, bien, entonces sonreiremos; si no, bien, esta despedida habrá sido bien hecha».

Cuando las bellas horas de la tarde llegan y desde la última colina se vuelven los ojos atrás para mirar el trayecto recorrido en la jornada, sentimos que es el momento de elevar al Cielo nuestra oración por todos, como la más hermosa y profunda expresión del amor, que es la recóndita sabiduría del corazón.

IGUALDAD

Este monstruoso dogma de las democracias actuales produce el bastardeo, no ya sólo de la política, sino de todas las actividades sociales, religiosas y aun artísticas. Por fortuna carece de todo fundamento en la Naturaleza y acabará por reconocerse su monstruosidad, cuando la presente moda de ser demócrata pase. En la práctica de la vida también dichosamente suele no aplicarse el principio, que de otra suerte los males que tal principio hubiera causado ya a la humanidad no tuvieran ni cuenta ni remedio.

La Junta de Socorros de Austria que con fondos de los Estados Unidos está alimentando cientos de millares de seres humanos en ese país, acaba de hacer a un lado no menos de 200,000 personas para dar preferencia a las clases intelectuales. Ha resuelto, pues, que en igualdad de circunstancias los intelectuales tienen la precedencia. Este es el reconomiento práctico de que los seres humanos no son iguales, de que existen jerarquías

entre ellos, establecidas por la Ley inexorable de la Evolución.

Interprétese como se quiera el dogma democrático de la igualdad; el hecho fundamental de la Naturaleza será la desigualdad.

La comisión ha razonado probablemente que los intelectuales pueden arar y cultivar la tierra, criar ganados, reparar caminos, conducir productos a los mercados, construir las casas y manejar las industrias domésticas. Pero que en cambio aquellas otras clases no pueden crear las industrias, ni dirigir la educación de las nuevas generaciones, ni asumir un inteligente gobierno del Estado, ni hacer progresar las ciencias ni las artes, en una palabra, que no pueden asumir la responsabilidad de conservar ni mejorar la presente civilización.

Cuando se trata de la corruptora cacería de los votos hay igualdad democrática; cuando se trata de los vitales problemas humanos, las jerarquías existen. Lo cual es una gran fortuna.

R. BRENES MESÉN

Syracuse, N. Y., 1921.

IMPERATIVO DE INTELECTUALIDAD

POR JOSE ORTEGA Y GASSET

Al hacer balance en este friso del año nuevo nos encontramos con que el haber de valores nacionales españoles padece un *déficit* superlativo. Industria, política, organización..., toda va en grave derrota. Pero no es mi propósito insistir sobre el tenebroso panorama que ofrece nuestra vida colectiva. Quisiera, por el contrario, hacer notar que hay una cosa, una sola cosa donde podemos prender la esperanza. Me refiero al progresivo interés y al creciente respeto que van mostrando las gentes extrañas—Alemania, Inglaterra, Francia, América del Sur—por la producción intelectual española. El hecho irritará, sin duda, a los que creen justificar su inepcia y su inmoralidad maldiciendo de los «intelectuales», pero el hecho es evidente. Puede reducirse a claras e inequívocas cifras. Una estadística de las demandas de derechos de traducción o publicación dirigidas a los escritores españoles en los últimos dos años aleccionaría suficiente a los que no quieren de otro modo reconocer que mientras el resto de las clases españolas no ha podido obtener victoria alguna, los «intelectuales» han conquistado en la estimación de los demás pueblos un puesto para España que desde hace siglos no ocupaba. Con esto no quiero decir que la labor de los que hoy producen obra científica y literaria sea de calidades sublimes y de genial naturaleza. Valga más o menos, es lo único que tiene hoy en España un valor positivo y lo único —si se exceptua la obra de algún músico y de algún pintor—que suscita fuera de nuestro país curiosidad, atención y respeto.

Esta situación favorable no debe, en modo alguno, envanecernos, sino, por el contrario, obligarnos. Ella indica que en la clase intelectual reside vagamente—¡muy vagamente, es cierto!—la única posibilidad de constituir una minoría selecta capaz de influir hondamente en los destinos étnicos y dar un comienzo de nueva organización a este pueblo nuestro que se deshace y atomiza día por día. Creo, pues, que ha llegado para el intelectual español, no la hora del triunfo, sino la hora de la gran tarea. ¿Y no es esta la previsión más optimista que cabe presentar a espíritus activos? La escena triunfal hace bostezar al verdadero triunfador. Lo importante en la vida es tener quehacer, una misión, una empresa, una tarea. Como Cervantes sugiere, es más sabroso el camino que la posada.

Mas para que el intelectual llegue a ejercer ese influjo sobre los destinos de España es la primera condición que no se lo proponga. Habríase logrado a estas fechas mucho más si en los últimos años, sobre todo durante la sazón guerrera, no hubieran deformado muchos intelectuales su intelectualidad poniendo ésta al servicio de propósitos políticos. Aludo ahora exclusivamente a aquellos casos en que estos propósitos fueron nobles y hasta heroicos. La intelectualidad, por su propia esencia, no tolera ser puesta al servicio de nada, así sea la más alta cosa del mundo. Por esta razón ha sido fatal en los pueblos beligerantes la movilización de la inteligencia. La depresión científica y literaria que hoy padecen esas naciones próceres se debe, más que a pretextos económicos, a haber sido segadas las fuentes de creación espiritual por haber querido mover con ellas las muelas de los molinos políticos. Es curioso advertir cómo los intelectuales europeos han quedado aniquilados exactamente en la medida en que se dejaron movilizar.

La inteligencia no es una cosa que se tiene, sino una cosa que se es. No consiste en un instrumento externo que se maneja a voluntad, sino en una delicadísima actividad localizada en el más radical centro de la persona. Cuando el hombre clásico habla de la Musa y el romantico de la inspiración, expresa bellamente esta misteriosa realidad de la creación ideológica y poética que emana de la persona, no se sabe cómo, insumisa al albedrío y ante la cual sólo cabe por parte del mismo creador una humilde actitud pasiva. No es el poeta quien hace el verso sino el verso quien se hace en el poeta, como la espiga de oro en la gleba estriada. Goethe decía que

> en lo cierto está el que piensa,
> no saber cómo se piensa.
> Cuando se piensa
> todo es como regalado.

La inteligencia creadora es estimada porque descubre verdades o inventa bellas imágenes. Cuando se pretende utilizar su autoridad para otras cosas, así sean las más santas, se anula su propia eficacia y cae inevitablemente en desprestigio. El intectual sólo puede ser útil como intelectual, esto es, buscando sin premeditación la verdad o dando cara a la arisca belleza.

Esperaría lo más alto de la clase intelectual española si viera en ella la resolución de aceptar enérgicamente el riguroso imperativo de intelectualidad. El intelectual no puede ser en ninguna acepción hombre de partido y, a la larga, el público sólo respeta y cultiva al escritor de quien no sabe *a priori* cómo va a pensar o sentir de una cosa.

Pero no basta con que el intelectual se resuelva a ser intelectual y sólo intelectual en su labor literaria o ideológica. Es preciso que se someta a una esforzada disciplina interior, que se exiga creciente perfección, amplitud, precisión. Si los intelectuales españoles se impusiesen esta fuerte disciplina pronto contaría nuestro pueblo con una minoría apta para dirigirle. La disciplina es la fuerza y el síntoma de las aristocracias. Porque disciplina es norma y meta a la aspiración; por tanto lleva al entrenamiento, a la emulación, a la selección, al más y menos de proximidad con el modelo. Si «pueblo» es espontaneidad y abandono, aristocracia es disciplina y régimen.

Ahora bien, una nación es un pueblo organizado por una aristocracia.

(*España*. Madrid).

Orígenes

del sistema representativo de Gobierno (1)

(OBSERVACIONES A LA "HISTORIA UNIVERSAL" DE WELLS)

POR HILAIRE BELLOC

Traducción de E. P. GARDUÑO

[Se ha dicho que los cinco escritores de mayor influencia, como propagadores de ideas, que tiene la Inglaterra del siglo XX son Kipling, Wells, Chesterton, Bernard Shaw e Hilaire Belloc. Muchos quitarían de la lista a Kipling, como representante del imperialismo atrasado, y pondrían en su lugar a John Galsworthy. Belloc es historiador y ensayista. Como historiador, una de sus tendencias principales es explicar la historia de Europa como consecuencia del Imperio Romano, tendencia contraria a la *germanófila* del siglo XIX, según la cual la civilización moderna era obra de los bárbaros. *(N. del T.)*

LA Institución Representativa fué la principal invención y costumbre política de la Edad Media, y, por lo tanto, de nuestros cercanos orígenes.

Wells no trata de ella en el lugar que le corresponde en la historia. No habla de ella con relación al momento en que surgió—el siglo XI—, ni con relación a su período de plenitud y de mayor actividad, el final del siglo XIII y todo el XIV. Sólo habla de ella al tratar de las guerras civiles de Inglaterra, cuando la institución había decaído y se había transformado en instrumento que utilizaba la oligarquía inglesa, surgida de la Reforma, para destruir la monarquía.

Cuando la Institución Representativa —ese gran fruto de los años 1100 a 1300—se nos presenta, en la obra de Wells, bajo las fechas 1628 a 1660, y sólo como hecho de la historia inglesa, se nos dice:

1º—Que tuvo su origen en la costumbre *germánica* de agrupar a hombres importantes, *representativos*, en torno del monarca, para vigilar sus acciones y hacerle contrapeso: costumbre que arraigó dondequiera que se establecieron tribus *germánicas*.

2º—Que esta tradición de que los hombres notables o importantes celebraran juntas, era particularmente vigorosa en Inglaterra.

3º—Que (más adelante, supongo —pues no está dicho—, ya que las primitivas juntas en Inglaterra no tenían nada de *representativo)* el Concejo inglés tenía fuerza especial: *(a)* porque podía invocar un documento que limitaba el poder del rey (la *Magna Charta)*; y *(b)* porque poseía un elemento de poder singular, los Caballeros de los Condados *(Knights of the Shire)*, que aparecen en el Concejo por primera vez en 1254.

4º—Que Francia y España tenían Instituciones Representativas a su modo, pero sin el poder de la inglesa, porque no tenían apoyo en documentos ni *Knights of the Shire*.

5º—Que la Institución Representativa *inglesa* «desde el principio reveló la tendencia a apoderarse del derecho de fijar impuestos... que gradualmente se extendió hasta convertirse en derecho de juzgar de todos los asuntos del reino».

Estas cinco tesis—y son las únicas que ofrece Wells—son enteramente falsas como historia.

I.—El Concejo de Notables que se agrupaba en torno del Rey, o de cualquier otro gobernante, como el *Doge* en Venecia, el jefe de una población montañesa, el Conde o Duque de una provincia, no fué cosa peculiar de las cortes donde los jefes eran descendientes de generales romanos de sangre bárbara—como ocurría en el Este de Inglaterra, parte de la Galia antigua, el Norte de Italia, y gran parte de España. No había nada de *germánico* (ni de eslavo, ni de huno) en un desarrollo tan natural y necesario de una vida social poco complicada. A la verdad, es precisamente en Alemania donde esa costumbre es menos vigorosa y donde se extingue más temprano. Floreció en toda Europa durante la decadencia del Imperio Romano, y es particularmente vigorosa en lugares donde nunca hubo guarniciones de tropas romano-germánicas, y donde a veces ni siquiera llegaron las bandas de piratas del Norte. Se la encuentra en Irlanda, en la Inglaterra del Oeste, en las tierras altas de Escocia, en los remotos valles del Pirineo, en Venecia, en todas partes. Estos Concejos agrupados en torno del poder ejecutivo eran producto natural y necesario de las sociedades locales abandonadas a sí mismas por la desorganización del gobierno central.

Aun suponiendo que no hubiéramos pensado en sus causas evidentes, el *hecho* está ahí, ante los ojos de cualquiera, sin necesidad de mucha lectura. Los Concejos existen en todas partes. No eran de origen bárbaro (es decir, germánico, eslavo, o huno); fueron especialmente vigorosos en regiones donde nunca se vieron germanos, eslavos, ni hunos, y decayeron en las Alemanias más rápidamente que en en otras partes; y aun en los lugares donde los jefes podían llamarse remotos descendientes de germanos, eslavos o hunos, la fuerza de los Concejos aumenta precisamente a medida que se alejan del período en que aparecen tropas bárbaras en los ejércitos romanos.

II.—La tradición del Concejo como elemento central de autoridad no tenía fuerza especial en Inglaterra. Tenía, solamente, igual fuerza que en el resto de la Cristiandad. Eso es todo. Si se preguntara dónde tenía más vigor aquella tradición, dónde estaba su polo, por decirlo así, yo afirmaría que fué en Zaragoza después de la reconquista. Pero en todo el Occidente tenía importancia capital, especialmente dos o trescientos años después de la desorganización del poder central romano.

III.—La idea de que el Parlamento inglés poseía, en el documento que lo apoyaba en sus relaciones con el rey, algo de carácter único, que lo convertía en la más fuerte de todas las asambleas regionales del Occidente, es historia errónea: historia que pasaba como buena en Oxford bajo la Reina Victoria, pero equivocada; su error fundamental se debe, en la mayor parte de los escritores, a ignorancia de las instituciones extranjeras, y, en unos cuantos, al deliberado propósito de omitir toda alusión a esas instituciones paralelas.

Todos los Parlamentos de Europa poseían archivos de documentos que expresaban sus relaciones con el Gobierno, y que, por lo tanto, limitaban el poder del Gobierno. La situación legal de la Institución Representativa está definida en multitud de ocasiones, en multitud de documentos, y en muchos lugares la limitación impuesta al poder de la Corona por los cuerpos representativos era *mayor que en Inglaterra*. Basta mencionar sólo dos ejemplos conocidísimos: el Toro de Oro de Hungría y la Constitución de Aragón. En verdad, la *Magna Charta* tenía menos fuerza que los documentos solemnes de otros Parlamentos, porque aquélla no se refería en rigor a Parlamento alguno: fué redactada antes de que surgiera el órgano representativo central en Inglaterra, aunque ya existía

(1) En el mes de noviembre último dió a conocer el gran escritor inglés Hilaire Belloc en *The London Mercury*, de Londres, con el título de *Mr. Wells* «*Outline of History*», un importante trabajo, del cual ha sido traducida esta parte, referente a los orígenes del sistema representativo de gobierno, por un distinguido literato y colaborador de CUBA CONTEMPORÁNEA que se oculta bajo el seudónimo de *E. P. Garduño*, habiendo tenido la amabilidad de enviárnosla desde los Estados Unidos de América, donde actualmente reside. *(N. de C. C.*, edición de junio de 1921).

en otras partes. La *Magna Charta* tiene interés sobre todo porque demuestra el gran poder de los Barones Feudales en Inglaterra. De sus cláusulas legislativas importantes (que son cincuenta y cinco de las sesenta y dos del total: las otras siete son disposiciones ejecutivas o generales), sólo hay seis que no constituyan garantías de costumbres feudales—tales como evitar la reversión de los grandes feudos de la Corona, la confusión de posesiones, la pérdida de los feudos por usura, en favor de los judíos, durante la menor edad, etc. La *Magna Charta* es excelente también como guía de las costumbres feudales en la Europa occidental: no contiene ningún privilegio nuevo. De la media docena de cláusulas relativas a intereses más generales que los de los grandes Barones, ninguna difiere de las reglas de gobierno ordinarias y aceptadas en toda la Cristiandad en aquella época, y la única cláusula—número 12—que restringe el poder económico de la Corona lo limita según la manera tradicional del feudalismo. *De derecho*, el Rey podía recibir tributo y ayuda solamente de *sus propios arrendatarios* (no de la nación, de la *Commonwealth)* en determinadas ocasiones, tales como el matrimonio de una hija, etc. Si quería pedir sumas excepcionales y extraordinarias a sus arrendatarios o súbditos (no a la *Commonwealth)*, tenía que llamarlos a junta, a su *commune concilium*, y hacerles tomar una decisión.

Eso es la *Magna Charta*. Los abogados del siglo XVII la utilizaron en sus alegatos para destruir la monarquía decadente, y sus viejos términos feudales fueron retorcidos para atribuirles otros sentidos que correspondieran a las leyes de la nueva oligarquía; pero no había sino relaciones indirectas entre ella y la muy posterior Institución Representativa (el Parlamento del siglo XVII), y como apoyo documental para la citada institución no tenía ni la fuerza ni el sentido explícito de las continuas resoluciones de ley en todos los países y de los *precedentes* establecidos en Inglaterra, que dieron su verdadero vigor a la Institución Representativa.

La presencia de la nobleza menor en la Cámara Baja (pues eso eran los *Knights of the Shire)* y su representación como *libere tenentes* (es decir, una minoría de terratenientes menores, pero excluyendo a la gran masa de los agricultores) no era cosa peculiar de Inglaterra y no constituía fuerza especial. La Institución Representativa, como todas las creaciones de la Edad Media, era cosa viva y por lo tanto elástica y adaptable. Se adaptaba a las condiciones sociales, ligeramente distintas, de las diversas Provincias Cristianas: más municipal en unas regiones, más comercial en otras, y en cada región diferenciándose según las necesidades locales. Pero su fuerza estribaba, en todas partes, en su carácter representativo: Nobles, Comunes, Clero, un cuadro abreviado de la nación. Hacia el final de la Edad Media, perdió ese principio vital. Languideció o desapareció, tanto donde la Monarquía se hizo más fuerte como donde la Monarquía se hizo más débil y fué suplantada por una Oligarquía, según ocurrió en Inglaterra.

IV.—Decir que «Francia tenía sus Estados Generales y España sus Cortes», pero sin el vigor del Parlamento inglés, es historia radicalmente equivocada. Porque *(a)* la comparación exacta no es con *Francia* o con *España*, en la Edad Media, como paralelos de *Inglaterra*, sino con el Languedoc, la Bretaña, Navarra, Aragón, etc. El Parlamento Inglés era paralelo, y luego fué copia, de los Parlamentos Provinciales Franceses, especialmente del de Tolosa, donde presidió el padre de Simón de Monforte. Los Estados Generales del Reino de Francia deben compararse más bien con el posterior Parlamento Unido de Escocia, Inglaterra e Irlanda. Los Estados Generales surgieron después que los cuerpos representativos provinciales de Francia y fueron producto de ellos; y en España no existieron Cortes únicas durante la Edad Media, por la sencilla razón de que allí no hubo un gobierno único, sino tres. Aragón y Castilla eran dos entidades distintas, dos Coronas, y también existió Navarra, con Portugal como aliado al principio. *(b)* Esas instituciones eran mucho más antiguas, y muchas de ellas más fuertes, que el tipo especial desarrollado en Inglaterra. El Parlamento Inglés del siglo XIII *siguió* ejemplos meridionales muy anteriores a él. La más antigua de todas las instituciones representativas es *vasca*, — anterior a toda historia escrita. El primer Parlamento pleno, con Rey, Señores, Comunes y Clero, es aragonés: el parlamento de Jaca en 1063, dos siglos antes que el parlamento embrionario de Monforte. Castilla tuvo otro poco después. *La Institución Representativa fué producto de los Valles del Pirineo y de ahí se extendió a toda Europa. (c)* Los poderes del Parlamento Inglés eran, desgraciadamente, menores que los de los Estados Generales en puntos importantes—el más esencial de ellos, el que impedía al Rey enajenar territorios públicos. Si el Parlamento Inglés hubiera tenido tales derechos, los grandes terratenientes no habrían erigido su poder sobre las ruinas de la monarquía.

V.—Decir que hay algo de nuevo, o como una actitud de reto, en el inrés que los Comunes se toman en cuestiones económicas, es historia aun más equivocada. La Cámara de los Comunes se reunía precisamente para tratar de cuestiones económicas. Esa era su razón de ser. Se creó en Inglaterra a imitación de los modelos españoles y franceses, precisamente porque todos los impuestos especiales en el siglo XIII eran *concesiones*, no *derechos* de las autoridades, como han llegado a ser después. El poder del público en todo lo relativo a impuestos no nació de algún diminuto germen parlamentario que fué creciendo poco a poco. Apareció completo ya en el siglo XIII, y desde el final de la Edad Media ha ido decreciendo. Después de la Edad Media, después del naufragio de la Cristiandad Unida, la fijación de impuestos se convirtió en derecho de las autoridades: ya lo reclaman para sí en el siglo XVII los reyes o las oligarquías y se mantiene algo restringido en el siglo XVIII, pero se convierte al fin en la moderna y autoritaria costumbre de fijar impuestos, por muy exorbitantes que sean, sin consultar al pueblo y sin darle medios de rechazarlos.

La estimación extranjera

LETTERATURA LATINO-AMERICANA

Por GIUSEPPE LIPPARINI

José Fabio Garnier é un giovane costaricano che «nella dotta Bologna» dedica le sue migliori energie allo studio delle matematiche applicate e a quello delle lettere, *prefiriendo tal vez éstas a aquéllas*. Delle principali opere letterarie pubblicate recentemente nell' America latina, egli dá notizie diligentemente in una rassegna fiorentina. Ora egli aduna alcuni studi critici in un grosso volume spagnuolo, che si intitola *Perfume de Belleza*. La sua lettura é attraentissima per noi, che poco o nulla sappiamo di quel singalore mondo letterario, di quella repubblica letteraria americana ove regna la piú compiuta anarchia, dove ciascuno é editore delle sue proprie opere e dove uomini di vero ingegno, con opere notevolissime, si alzano su

una fungaia di fermenti da cui domani potrebbe nascere—in una terra a noi cosí nuova e cosí spiritualmente vicina! —la letteratura dell'avvenire. Si tratta di un continente piú volte maggiore dell'Europa, con una popolazione che andrá sempre piú crescendo e che comprende giá oggi parecchi milioni di uomini: di un continente abitato da genti latine, che parlano linguaggi latini: lo spagnolo anzitutto, poi il portoghese e l'italiano. Tutte queste repubbliche e repubblichette americane, di cui noi spesse volte parliamo in tono di scherzo se non di compassione,—hanno senza dubbio davanti a sé un grande avvenire.—Hanno acquistato una coscienza, e vogliono progedire. Intanto hanno giá, se non del tutto originale, una letteratura.

Dal Venezuela all'Argentina, da Costarica al Chili possiedono opere e autori singolari. Noi non ne sappiamo quasi nulla. Appena qualche opera di autori argentini é stata recentemente tradotta fra noi: la *Stella* di César Duäyen (che é una donna), e i *Racconti della Pampa* del giovanissimo Manuel Ugarte. Eppure questa letteratura latino-americana ha giá i suoi storici e i suoi critici. Prima ancora di J. Fabio Garnier, Rufino Blanco-Fombona, un venezuelano, avea pubblicato a Parigi, nel 1908, un volume *Letras y letrados de América;* e dello stesso Ugarte giá rammentato é un altro volume in cui é studiata a fondo *La joven literatura hispano-americana.* Orbene noi dovremmo cercare di conoscere meglio quei fratelli latini d'oltre Oceano. Se per ora essi prendono moltissimo da noi (Gabriele D'Annunzio é colá uno degli autori piú letti e piú imitati), noi protemmo alla nostra volta imparar qualche cosa da qualcuno di loro. Leggerli ci sarebbe facile: il loro spagnolo é piú agevolo e piú piano del vero castigliano usato dagli spagnoli del continente.

Il Fabio Garnier é un critico, in largo senso, nazionalista. Si sente in lui questa dignitá nuova di una razza che vuole salire, e che vuole anche farlo sapere. I nostri critici, egli dice, quando non riescono a intendere un poete o un prosatore le qui squisitezze paiono loro esotiche, non sanno fare di meglio che dargli come padre spirituale uno fra tre poeti europei di assai diversa indole: il D'Annunzio, il Maeterlinck e il De Castro. Ora, secondo il Garnier, queste somiglanze sono quasi sempre lievi ed esteriori. Vi é sí un colombiano, José María Vargas-Vila, le cui opere sono ispirate dalla filosofia del Nietsche veduta attraverso le pagine del D'Annunzio. Ma vi sono anche scrittori originali per ispirazione e per estile. Da questi aspettano molto le lettere americane. In uno studio in *Las nuevas tendencias literarias* dell'Ugarte, il nostro critico ha parole belle e fiere, dove veramente freme un orgoglio che é indizio di concienza e di forza.

«In America abbiamo necessitá di un'arte nostra, che rifletta la nostra vita, che studi i nostri problemi, che renda piú intense le nostre attivitá... Quest'arte deve essere libera, sana, audace e giovane come la nostra bella America...

»Non basta possedere alquanti nomi divenuti illustri in Ispagna e in qualche altra nazione europea; noi dobbiamo conquistare l' Europa con l'evidenza dei nostri sforzi sani, dare al vecchio continente il contributo che egli ha diritto di sperare dai paesi giovani donde germinan lentamente i nuovi trionfi della sempre vittoriosa razza latina. Noi non abbiamo originalitá alla Buffalo Bill, come l'avevano i giapponesi e gli *yankees* prima di subire la civiltá europea; noi non possediamo quei vestigi di barbarie che l'Europa—o meglio, l'Europa ignorante—ci attribuisce. Siamo un popolo nuovo... Ci manca solamente il riunire i nostri sforzi, e dare le nostre energie non alle guerre intestine che tanto male ci fanno, ma bensí alla conquista del posto che ci spetta nel concerto dei popoli moderni.

»Siamo una energia in germe, che, a poco a poco, si apre alla vita universale e, presto o tardi, fará mostra di ció ch'essa vale».

Noi Italiani dobbiamo quasi con vergogna notare come in quelle terre, che molti di noi considerano ancora semibarbare, il sentimento della grandezza e della nobiltá latina sia piú vivo e profondo che in questa nostra terra donde la grande civiltá ebbe il suo nascimento. Comunque in tutto questo trionfare delle razze nordiche, noi dobbiamo confortarci nel vedere chi i nostri fratelli di un grande continente si preparano a combattere vigorosamente per i diritti e le conquiste della razza latina.

Non solo; ma vi é fra quegli scrittor qualcuno che é d'origine italiana. Uno dei piú illustri romanzieri ispano-americani é Pedro César Dominici, venezuelano; nella origine italiana dei quale il Garnier trova la spiegazione di certe sue somiglianze con Gabriele D'Annunzio. Dei suoi romanzi, il piú bello é una rievocazione dell' antica Grecia, *Dionysos;* il nostro critico preferisce *El triunfo del Ideal,* che qualcuno assomiglia al *Trionfo della Morte;* il piú interessante per noi é la *Tristeza voluptuosa,* perché in esso noi assistiamo da vicino ad una delle piú penose crisi della gioventú latino-americana. Il Dominici studia qui «il problema della vita dei giovani che dal Nuovo Continente vengono a studiare nelle grandi metrópoli: Parigi, Londra, Berlino, Roma e Madrid... La gioventú americana piena di belle speranze, arriva a Parigi, e a Parigi si fa parigina; diviene superficiale, frivola, appunto perché da un momento all' altro si sente trapiantata in un mezzo che non é il suo e che neppure potrá essere tale». Nelle sue province e nelle sue capitali, il giovane vive una vita semplice e famigliare; all'improvviso si trova lanciato in un mondo nuovo e non ancora sperimentato. «E in Europa il piacere lo soggioga, e l'amore lo tiranneggia». Addio studi, addio tranquillitá! «La vita si fa impossibile, dopo aver vuotato sino alla feccia la coppa del piacere. Non v'é rimedio: la nevrastenia si impadronisce del giovane trapiantato (a propósito, aggiungo io, ricordate. *Deracinés* di Maurice Barrés?), e a poco a poco lo va uccidendo, cuando non gli fa trovare nel suicidio una salvezza inmediata».

Questi giovani sono i «déracinés» della giovane America. E uno di essi é appunto l'eroe di *Tristeza voluptuosa;* e se questo romanzo é pieno di particolari voluttuosi, non é men vero ch'esso ha grande importanza storica e sociale. Vi sono molti nostri romanzieri, anche fra i piú celebrati, i quali non si sono mai sognati di studiare cosí seriamente, in un'opera dilettevole, le miserie della nostra vita contemporanea.

La piccola Costarica é una delle piccole repubblichette dell'America centrale, eppure ha anch'essa una lirica e un romanzo nacionale. Il poeta é morto da poco, in giovane etá, ed ha lasciato un solo volume, *Concherias,* in cui canta la belleza e la vita del suo paese. Cosí l'opera sua é tanto nazionale e regionale, da parer quasi dialettale: ció conferisce ai suoi versi una grazia singolare. Il Garnier—e nessuno meglio di lui é competente in materia—afferma che Aquileo J. Echeverría svela nelle sue poesie veramente la vita del popolo di Costarica. La sua musa era

...jóven y ardiente,
morena de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del cafeto.

Tradurre questi versi vorrebbe dire guastane per sempre la grazia e la freschezza. Questa musa ci fa sapere il critico, é sorella delle «belle campagnole nostre, piene di bontá, graziose e sensibili». Oh, le *campesina* costaricane! Avete voi mai pensato a una avventura d'amore nella lontana e piú remota America, con una creola della Costa Rica; *joven y ardiente, morena..?*

Il romanziere e novelliere é Joaquin Garcia Monge; il quale, «lasciando da parte i modelli piú o memo famosi, lasciando ad altri suoi compatrioti la fatica di ispirarsi alle letterature europee piú in voga, volse gli occhi al popolo nel cui seno aveva passata l'infanzia e l'adolescenza... Il suo ideale fu, ed é, quello di vedere fondata una letteratura veramente nazionale. Egli ha iniziato cosí un movimento regionale nel romanzo. Il suo libro migliore é intitolato *Hijas del campo*, e parla delle belle figlie dei campi, delle «hermosas campesinas» che hanno preso il vezzo di lasciare la quiete e la sanitá della campagna, per andare a lavorare o a servire nella capitale. Quivi... fanno fortuna e mutano mestiere. Il male, a vero dire, non é solamente americano, ma anche europeo.

«Quest' arte dev'essere libera, sana, audace e giovane, come la nostra bella America». Speriano che l'augurio di José Fabio Garnier sia un presagio e divenga presto una realta. Niuna cosa meglio della letteratura puo essere segno della rezurrezione o della ascenscione di un popolo. Tutti gli Americani latini, afferma Garnier, si sentono fratelli; sono quasi, direi io, le loro republiche come le provincie autonome di un solo grande stato. E forse é nato chi in una grande opera futura affermerá davanti al vecchio mondo quel risorgimento e quella fraternitá.

(*Il Resto del Carlino*. Bologna. Italia).

LA HUMANIDAD MODERNA

POR MARCO TULIO SALAZAR

[MARCO TULIO SALAZAR es un modesto y estudioso joven que comienza a revelarnos su valor íntimo en versos de una espontaneidad que sorprende. Cuenta apenas con veinte años; fué titulado en 1921 en la Escuela Normal de Costa Rica y vive en Barba, la pintoresca ciudad campesina; tiene por delante, pues, la juventud, una profesión honrosa y el vigor que el campo da, y por eso comienza ya a florecer. Quiera el cielo protegerle, para que el futuro nos regale con la realidad de lo que es apenas esperanza palpitantte en este poema, que con tanto gusto ofrece el REPERTORIO a sus lectores].

I

La humanidad se mata,
la humanidad se muere:
a cada paso una
muralla gigantesca que nos impide el paso,
allá una que otra planta maldita que enve-
[nena,
allá es una cisterna profunda de aguas ne-
[gras,
allá una aguda espina que furibunda, hiere.
La humanidad no sabe vivir:
está creyendo
que vivir de algún modo—bien o mal—
es lo mismo;
el espíritu es débil,
pues la carne lo quiere
llevar como vendado
y desplomarse juntos al borde del abismo.
Las envidias renacen,
el rencor se acrecienta,
hay intrigas y luchas por pedazos de tierra,
por ser más poderosos,
por tener predominio;
los hombres ya no quieren vivir la paz de
[santos,
y creen que es vida activa
producir el nefasto y abrumador estruendo
de la guerra.
Yo temo que un día surjan de los mares
[azules
poderosos gigantes, iracundos;
mirarán unas horas la actividad humana,
y avergonzados luego,
se irán bajo las olas
llorando, porque es triste
la situación del mundo

II

La ciencia ha progresado bastante, es evi-
[dente;
se descubren millares y millares de cosas;
se han hecho submarinos, cañones y aero-
[planos,
y todo solamente
para destruir ciudades enormes
y elegantes—por ende misteriosas—,
para matar hermanos.
Fraternidad no existe,
Fraternidad fué diosa que destruyera Cronos,
de la que únicamente el nombre en la me-
[moria
con extrañez persiste.
¿Harán falta unos magos
que nos sirvan de ejemplo
para que seamos buenos?
No; si el amor ha muerto
los hombres cada día
se irán queriendo menos.
Y el amor es la base del bienestar humano,
el amor es la barca de salvación del mundo,
el amor es la brújula, la estrella que nos
[guía,
y en vez de amor tenemos rencores y perfi-
[dia,
el ambiente está lleno de un respirar insano
y al perder la esperanza,
quisiera irme a una estrella para enviar a la
[tierra
mi cantar gemebundo que fuera una elegía.

Querría pedir al cielo que destruyera el
[mundo
pues al amor ha sido tan indolente y reacio;
que el mundo en filigranas candentes se
[trocara
y que después, cual polvo llevado por el
[viento,
lo dejara suspenso flotando en el espacio.

III

La Rusia gigantesca
se mustia por las graves convulsiones so-
[ciales;
allá el bolchevikismo germina y va crecien-
[do;
la soviética Rusia es hoy el escenario
en el cual se realizan
los ideales de un revolucionario.
No obstante, allá han nacido pensadores
[ilustres
como Tolstoy,
filósofo profundo, sentimental poeta
de barba llena de cabellos blancos.
Pero actualmente el hambre y la miseria
se ciernen sobre el pueblo,
como pulpos enormes o como hidras
que quisieran llevar hasta su seno
la gente inofensiva en la que aún queda
la noción de lo bueno.
Las mujeres, los niños, los ancianos
se mueren por la falta de alimento;
los hombres que pudieran hacer algo
por el bien de su patria
ora mueren también como los niños
o se van a bregar en la política.
Es espanto y es tedio lo que siento
cuando miro aún sin reyes, ya sin Czares,
agitarse y morirse a la gran Rusia;
me parece que fué una laguna
de transparentes aguas,
pero que ahora es un pozo
de agua sucia.

IV

Francia, la dulce Francia,
parece que quisiera sentirse como la única
majestad de la tierra,
y bajo su dulzura, su encanto y su progreso
parece prepararse para una nueva guerra.
Francia, la que ha luchado
durante tanto tiempo,
ora con Inglaterra durante un siglo entero,
con España en los tiempos de Napoleón el
[grande...
Napoleón, que fué grande solamente en la
[guerra,
y en las horas aquellas cuando pensaba tris-
[te
en su adorada patria,
mirando las campiñas en flor de Santa Ele-
[na.
Ha tenido notables talentos, pensadores;
ha tenido videntes, sibilas, pitonisas,
y bajo arcos de triunfo verificó su gira;
Voltaire, Rousseau, filósofos,
Verlaine, Hugo, poetas,
y otros tantos artistas que han pulsado la
[lira.

Mas también ha tenido bastantes que di-
[fieren
en los ideales sacros
que abraza el corazón:
aquellos como fieras calmando sed de san-
gre]
en las horas oscuras de la Revolución.
¡Oh tiempos tan oscuros de la Revolución
quizá anunciados antes por todos los profe-
[tas!
Cuando la guillotina devoraba cabezas,
la del Luis que reinaba, la de María Anto-
[nieta.
Y ahora, en la Gran Guerra que acaba de
[pasar
ganó por dicha Francia, que ama la libertad,
como lo hubo mostrado
proclamando los derechos del hombre,
haciendo una conquista para la humanidad.
Venció Francia—ya dije—
por gran suerte de Europa—voluntad celes-
[tial—,
pero es tiempo propicio
de que olvide rencores,
de que olvide rencores, por el bien nacional.
¡Oh Francia, olvida, olvida tus rencores
[añejos
ya que eres una perla
colocada en la tierra!
¡Oh Francia, que estrechando su dulzura y
[encanto,
parece prepararse para una nueva guerra!

V

Alemania ahora vive la paz de los venci-
[dos,
una paz diferente de la paz de Belem;
intenta el surgimiento de su corto letargo.
¡Ojalá que florezca!
¡Dios la lleve con bien!

VI

Quisiera ser gigante
para rehacer yo solo la Bélgica
que hoy es tierra y escombros;
rehacer esa amapola
marchita por el fuego,
y si ella tiene culpas
recibirlas, y echarlas sobre mis propios
[hombros.
Bélgica, *chiquitilla* Bélgica,
que fué fresca y lozana cual florecer de en-
[cinas,
hoy es Bélgica triste,
Bélgica desolada,
Bélgica en ruinas!
Que surjan lenitivos y bálsamos tan sólo
que vayan a aplacarle sus trágicos dolores,
y que en otra ocasión no sean ingratos
los hermanos mayores...
¡Que no sean tan ingratos
los hermanos mayores...!

VII

Irlanda se proclama país independiente;
con el afán de serlo
pululan los hombres, como enjambre,
y las damas y niños,
ancianos ¡y muchachas!
soportan los estragos de la escasez, del
[hambre.
Obreros por las calles,
vivando la república
e imprecando al reinado
como si fuera un pueblo
abandonado...
El instinto de avanzar existe en todos,
pero muy pocos escudriñan
el rumbo de su senda:
llevan el pensamiento atado,
en el alma un narcótico,
en la vista una venda!
Y el corazón humano
ante tanto misterio
casi nada se ablanda;
y siguen controversias, vituperios...
Sólo queda en el alma el voto noble
porque sea muy feliz en esta vida
la huerfanilla de Bretaña, Irlanda!

VIII

España, la España de los poetas,
la madre de tantos literatos,
de artistas verdaderos y de hombres de ta-
[lento,
no es visión armoniosa
que agrada al pensamiento.
España,
la cuna de Cervantes,
la cuna del Quijote,
la cuna del manchego demente
que hirió amor con su azote...
España, la que reinó en América,
la que guardó sus oros,
lucha hoy contra los pobres
desventurados moros...
¡Oh España!
luchando antes y ahora
contra los viejos moros,
la que nos dió una herencia
de salvajismo cruento,
las corridas de toros!
Y perecen los moros
por culpa de sus armas;
se tapizan los campos con sangre mahome-
[tana,
con sangre efervescente y cálida...
Y España con su empeño
parece que intentara
sangrar el corazón del Africa...
España, es tiempo de que sigas
la lucha del espíritu—que brilla—,
que dejes a los moros en paz,
que dejes la somnolencia que chilla.
Que a todas las naciones del mundo
que a todos tus hermanos y hermanas
de la tierra
les alarguéis el brazo;
que produzcáis un nuevo Quijote de la Man-
[cha,
nuevos Lope de Vega,
Calderón de la Barca
y un nuevo Garcilaso!

IX

Los Estados Unidos, Japón, la Gran Bre-
[taña,
van tras la hegemonía
del Mar Pacífico,
y no para poner en el mar
obreros bienhechores ante fraguas;
los Estados Unidos, Japón, la Gran Bretaña,
no calmarán su sed de predominio
ni con una mitad del Mar Pacífico,
ni con todas sus aguas...

Cuánto mejor sería
que cayera del cielo sublimado
corrosivo,
sobre el Mar de Balboa,
y que al saciar su sed los cachalotes
sintieran el abrazo
de una serpiente boa.
¿Se mancharán las aguas inmaculadas
del Mar Grande
con sangre de titanes?
Mar azul, mar profundo,
mar que viste unas naves bogando
que llevaban la vida y el alma
del genial Magallanes...
¡Mar que eres el océano
del porvenir del mundo!
¡Mar azul!
¡Mar profundo!
¡Oh duda que me agobia,
duda inmensa, no me asombres...
¿Se teñirán sus aguas
con la sangre caliente
de los hombres?
¿En su fondo profundo
quedarán los cadáveres amados?
¿Quedarán en su fondo
grandes buques de guerra,
grandes acorazados?
¡Mar inmenso!
¡Mar del futuro imperio!
¡Mar que me dejas suspenso!
¡Mar de la triste duda que no muere!
¡Mar de vacilación y de misterio!

X

Los bravos mejicanos mantienen rencorci-
[llos
para su gran vecino
por las bellas provincias que éste le arreba-
[tara,
cuando brillaba Méjico en la tierra
con fulgar matutino.
El *Tío Sam* fué una fiera
que se echó enfurecida
sobre la Nueva España.
—A veces no se puede
confiar en el vecino...
¡Cosa extraña!—
y hoy que se ha meditado
por lo menos un poco
en todo lo que ha sido por proceder insano,
pensamos que de veras
Uncle Sam fué un verdugo
del pueblo mejicano.
Aun queda una esperanza,
—pues muchos hechos mueren
como la blanca espuma—,
que la patria de Washington
se reconcilie pronto
con la patria soberbia
del bravo Moctezuma.
¡Que la amistad germine!,
—la amistad que hoy es vieja,
pobre, enclenque y enteca—,
y que la paz se tienda con majestad augusta,
desde los grandes lagos
hasta el suelo fecundo de la nación azteca!

XI

En la América noble,
la fértil heredera de San Martín, el bravo,
una voz se levanta que enemistad predica:
el Perú aun se lamenta por la pérdida in-
[mensa
de su Tacna y Arica.
Chile, más poderoso,
humilló a su vecino
(esa herida profunda puede curarse un día,
hoy que tanto se dice del bienestar latino).
Chile, ¡magno escenario
de La Araucana, eterna!
Perú, ¡pródigo en oro
por su mágica esencia
como la Hidra de Lerna!

¡Oh, los dorados tiempos
en que no había fronteras
cuyo producto es sólo tremenda batahola!
Perú y Chile se apartan por su causa;
que quede sana pronto tan inquietante heri-
[da
que es un inconveniente de América Espa-
[ñola!

XII

Perú y Chile dejaron
a su hermana Bolivia
soportando un dolor!
dejaron sin entradas,
sin puertas, sin ventanas
la patria de Succre el luchador.
Bolivia, la que lleva
un nombre que recuerda
soberbias manifestaciones de valor,
la que lleva un nombre santo
que recuerda la vida luminosa
del gran Libertador!
Y quién sabe hasta cuándo
volverá a ser señora
de sus benditas puertas
que cerró la perfidia;
¡que sea amable la suerte
con la hermana humillada!
¡Pobre hermana indefensa!
¡Pobrecilla Bolivia!

XIII

«Yerba mala no muere»
dice el vulgo prudente,
y parece muy cierto
ya que aun hay mastodontes
con laureles de gloria
sobre la indigna frente!
Venezuela,
la madre de Bolívar el Grande,
ante el mundo que vive, no te asomes
hasta que hayas echado por el suelo,
la figura sin honra y detestable
de Juan Vicente Gómez...
No puedo concebir
la patria de un titán soberano,
de hinojos, en presencia
de un hombre que no es hombre
porque ciñó a su frente la insignia de tirano.
¡Qué vergüenza tan grande para América!
la América que quiere vivir en paz y en
[calma;
¡que centellas le lleguen al tirano y le des-
[truyan
el corazón y el alma...

XIV

La América del Centro
también está agitada
por los graves problemas de su unión,
y eso es un utopismo
nacido en una imaginación creadora
pletórica de ideal y de ilusión.
La unión sería por ahora
si las cinco Repúblicas
se hubieran mantenido unidas
desde su independencia,
desde los viejos tiempos
en que el gobierno estuvo
en las manos
de don Gabino Gainza.
Hoy será un gran problema
la unión de los países cuando la hora toque;
talvez las cinco estrellas,
al unirse,
morirían por el golpe tremendo
de su choque.
¿Se quedará en palabras
la Unión tan comentada
de América del Centro?
Sí; porque algunas partes
no pueden soportar en calma
la escena del encuentro.

A cada rato intrigas y litigios
se presencian
cuyo efecto, entonces,
a decir no me atrevo;
por ello, por gran dicha,
no es más que un utopismo
la unión de la garganta
del Continente Nuevo.
La Unión es imposible
si no estamos unidos
por medios materiales,
para que haya Unión cierta,
y surja el adelanto de las cinco naciones
como agua transparente
de cinco manantiales!

XV

Se vé pues, que es un hecho acerbo y re-
[pugnante
la situación del mundo;
los videntes ya sienten
los sollozos de su alma,
gemebundos...
¿De qué ha servido entonces
el transitar continuo
de Concejos, Ministros,
regias Delegaciones?
¿Qué favor ha dejado, por ejemplo,
la tan famosa
«Sociedad de Naciones»?
No responde a una necesidad mundial
la dicha Liga,
que iba a la conquista del bienestar humano
(ese es el fin tan noble
que llevaba encerrado
el ideal *tagoriano)*.
¿Que hizo Wilson en Francia
con sus empeños en la Liga?
¿Cesaron los rencores,
desapareció del mundo
toda la lucha, o al menos
toda intriga?
Que en paz descansen
todas estas generaciones...
Que en paz descanse
la renombrada
«Liga de las Naciones»...

XVI

Y seguirán habiendo
Concejos, Conferencias,
que no dejarán nada,
sino hombres aferrados
a sus creencias.

Ahora la Conferencia del Desarme
en Washington reside;
ojalá que deje sus intereses propios
y discusiones nulas,
y que del tal «desarme»
no se olvide...!

XVII

Y dicen que los poetas no hacen nada
exponiendo sus fantásticas videncias;
más, decidme qué han hecho
Ministros, Delegados,
hablando como loros
en tales Conferencias.
No, ya los conferencistas
van perdiendo la gloria de sus cargos:
no hacen más que llegar a los salones
y pasar en las muy cómodas sillas
en ratos de delirio o de letargo.
Sin embargo, no importa que sea un hombre
demente o aburrido de la vida
que va a estar en escenas ilusorias;
siempre habrá algún gobierno que le pague
con banquetes, dinero y serenatas
sus ratos de letargo y de jolgorio.

XVIII

La humanidad fué buena
sólo cuando fué tierna...
Va perdiendo su gloria
la humanidad moderna...

XIX

¡Que el mundo entero sea una patria
para todo patriota!
¡Que las fronteras pasen
—por sus inconvenientes—,
a la historia remota!

XX

¡Que desaparezcan felonías y rencores,
y que tan sólo queden las letras de sus nom-
[bres!
¡Que el mundo se encamine por diferentes
[rumbos!
¡Que se ablande el corazón de los hombres!

Barba, enero de 1922.

LAS CONFESIONES DE CAJAL

Por CRISTÓBAL DE CASTRO

En el balance literario del 20, el libro más profundo, sugeridor y sutil es el de Cajal, *Chácharas de Café*.

Su lectura es un goce intelectual de los que Aulo Gelio comparaba a una conversación con los dioses.

En forma de sentencias o máximas, con un estilo tan sencillamente gracioso que nos recuerda el de Teofrasto, el genio de Cajal se descompone, como el prisma, en todos los colores del alma.

El llama «pensamientos, anécdotas y confidencias» a este plantel de juicios fugaces que, en su misma fugacidad, tienen el ser leales, espontáneos y deliciosos.

«Apresúrome a decir—escribe—que yo no trato aquí de sentar doctrinas ni de refutar creencias, merecedoras de respeto. Rechazo, pues, categóricamente la responsabilidad de muchas opiniones exageradas, frases hiperbólicas, expansiones bufonescas o sentimientos demasiado pesimistas».

Y, por si fuera poco, añade, con franqueza baturra:

«Cuanto más, que yo me reservo el derecho de variar de opinión, por lo menos mientras la anquilosis craneal y el reblandecimiento encefálico no me lo estorben».

Este escurrirse de entre las manos críticas, o curarse en salud, diríase en



El maestro CAJAL en su laboratorio

(*La Esfera*, Madrid).

Cajal, médico, una paradoja suntuaria. Algo por el estilo intentó hacer La Rochefocauld, presintiendo la polvareda que habían de levantar las «Máximas», sobre todo entre sus amigas madame de Longueville y madame de Lafayette, a cual más ingeniosa y más creyente. El duque filósofo, en la primera edición, aunque anónima, puso una «advertencia al lector», donde con citas de autores clásicos y hasta de padres de la Iglesia se sacudía el excepticismo, respondiendo a las objeciones entonces corrientes.

No sabemos hasta qué puntó habrá derecho a repudiar sensaciones e ideas propias, por fugaces e inconsistentes que nos parezcan. De cualquier modo es este un desahucio intelectual contra el que cabe entablar recurso ético.

Fuera de tal reparo—en todo caso más papista que el Papa, más Cajalista que Cajal—, las «Dos palabras al lector» nos parecen muy en su punto.

«Nuestra memoria—observa—es una trama tejida con fibras tomadas del cerebro de nuestros antepasados. Muchos pensamientos de Sócrates, Platón, Horacio, etc., se encuentran en escritores tan originales como Quevedo, Gracián, Montaigne, etc.»

Tan verdad es, que hace unos días, releyendo el «Libro de Job», nos fijamos en los versillos: «El hombre tiene tiempo limitado en la tierra, y sus días son como los del jornalero». ¿Dónde habíamos leído esto? ¡Ah, sí! En «Los sueños», de Quevedo, el cual lo transcribía de Lucrecio, que a su vez lo tomó textualmente del Libro de Job.

La explicación que da Cajal a estas filiaciones resulta clarísima: «Nuestra cultura está basada en el saber antiguo. Sin contar que, en la peregrinación de la vida, todos hemos recorrido, poco más o menos, igual camino».

Sobre su claridad, la explicación exhala cierto aroma estoico. Hay en esa uniformidad cultural y sentimental un gesto de fatigada suficiencia. Es un «satis» digno de Marco Aurelio, que de día combate contra los Pannonios, y de noche, en su tienda de Carnuto, se pone a escribir los «Soliloquios».

Cajal protesta contra el encasillamiento, y hace bien. Es cosa de botica o de elecciones. Pero, leyendo esas confidencias sobre la amistad, la ingratitud, el egoísmo, las mujeres, el talento, el amor, la moral, etc., etc., no hay duda de que está vivo y presente, más que el espíritu de Sócrates, el de Epitecto...

*

El movimiento «vivo, preciso y delicado» que encantaba a Voltaire en las páginas de La Rochefocauld, está en *Cháchara de Café* con mayor democracia y desenvoltura. Nadie diría que esta agilidad de pluma lleva cuarenta años manejando tan gravemente el microscopio.

La superchería del literato cientifista no es menos frecuente y excecrable que la del científico literatero. Para que estos dos modos de expresión intelectual se concierten, como en Aristóteles o en Bacon, hay que cerner volúmenes y volúmenes en la criba de los siglos. La mayoría de los literatos cientifistas son unos pedantuelos caóticos, y casi todos los científicos literateros escriben deplorablemente. Casi todos, aun los franceses, llevan el énfasis a cuestas, como una cruz.

El libro de Cajal está libre de toda afectación. Si tiene alguna, es «aquella afectación al revés» que recomendaba Maquiavelo al duque Gonzaga: *Per cercare l'obligo dil popolo*, en este caso gratitud de los lectores.

En Cajal se repite el fenómeno, raramente español, de Echegaray. Echegaray fué el dramaturgo y también el matemático más insigne de su época. Cuando le otorgaron el premio Nobel, Edison y Marconi le felicitaron como a una gloria de la ciencia, mientras algunos escritores recogían firmas protestando contra la concesión.

También Cajal es el histólogo y el filósofo español más grande de su tiempo. La universalidad de sus descubrimientos celulares tiene el refrendo de cuantas Academias científicas existen sobre la haz terrestre. En cambio, su filosofía, inédita durante cuarenta años, sólo tuvo un panegirista: Joaquín Costa. ¡Cuántas veces nos habló el maestro, exaltándose, de la filosofía de Cajal! Así, al menos para nosotros, *Cháchara de Café* no ha sido, como para tantos, lo inesperado.

¿En qué consiste la filosofía de Cajal? En el conocimiento de las cosas y de los hombres, sin prejuicios de ningún género. No tiene el prejuicio científico, ni el religioso, ni el materialista, ni el espiritualista. Es un caso de «objetivismo subjetivo», de «integralismo», que diría él.

En el punto y hora que Cajal, jubilado como lumbrera histológica, desaparece del escalafón de enseñanza, reaparece, con este libro en la mano, nuevo Fénix de entre sus cenizas.

Es que le ha llegado el instante propiamente, casi fatalmente filosófico. Es el instante de la «cumbre remontada», de Goethe, y el de la «aceituna madura», de Marco Aurelio. Es también el instante en que Miguel Angel Buonarotti escribe: «Non nasce pensiero in me che non porti sculpita la morte».

Es la hora de la estilización intelectual, de las arrugas en el rostro y en el espíritu. Es la hora de las sentencias, de las máximas. Se intenta reparar la prodigalidad del espíritu y del pensamiento. Ya apenas nos deslumbra ningún sol; el amor, la amistad, el heroísmo, palidecen entre nieblas de análisis. Pero ese «Peregrino apasionado», que llamamos Espíritu, per-

siste en viajar. Ya que no de tejas abajo, de tejas arriba. A esto algunos le llaman pesimismo, cuando es sencillamente humanismo, «aceituna madura», «cumbre remontada», «muerte esculpida». ¿Por qué ni para qué ha de creer el viejo lo que el joven? ¿Cómo puede juzgar lo mismo quien ignora las intenciones que quien las penetra?

Un poco teatralmente, como en bastantes cosas, rechaza el principesco Goethe la conmiseración del joven al viejo: «¿Es que la rama—dice—querría volver a ser raíz?» Aparte de la afectación, hay mucho de verdad biológica en ello. El anciano no es pesimista porque le falte juventud, sino porque le sobra conocimiento de la vida. Conociendo la vida como suelen conocerla los viejos, la juventud, lejos de ser un talismán, sería una carga.

El tópico de la vejez pesimista persistirá entre las supersticiones filosóficas y la ramplona devoción de novelistas y dramaturgos. Pero el Zodiaco en sus estaciones y el Hombre en sus edades, son testigos harto elocuentes.

¿Será pesimista Cajal porque hable de la ingratitud? ¿Ni porque desconfíe de la amistad desinteresada? ¿Ni porque lapide al adulador?

«O se tienen muchas ideas y pocos amigos, o muchos amigos y pocas ideas». ¿Es esto, acaso, pesimismo? ¿Es, siquiera, ironía? ¡Quiá! Esto es el manso aliento, el suspiro tenue de un espíritu trabajado...

«La amistad repugna la pobreza, como la flor la oscuridad». «Nos quejamos de los amigos, porque exigimos de ellos más de lo que pueden dar». ¿No recordáis las distinciones del «Enchiridión»? «Hay cosas que dependen de ti, y cosas que dependen de los demás. Atente a ello».

«De todas las reacciones posibles ante una injuria, la más cómoda y hábil es el silencio». ¿No parece esta máxima un versillo de Job, adaptado a la prosa contemporánea?

Sobre el amor y las mujeres, el filósofo va guiado del lazarillo Ciencia. «Aun en el dúo del amor representamos meras delegaciones de la especie, que es, en fin de cuentas, la gran enamorada». Se dirá que esto huele a Schopenhauer; pero debe añadirse que también tiene perfume a «Génesis», el clavel de «Creced y multiplicaos».

¿Se quiere una sentencia idealista? «La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella, se pelea con desembarazo. Pero ¿y al acabar?» Diríase una estrofa de Shelley, militarizada por Víctor Hugo.

El histólogo asoma su materialismo afirmando «que el beso no es para el científico sino un intercambio de microbios bucales». Chamfort no era científico, sino periodista, y ya sentenció que el amor es «el contacto de dos epidermis».

En cuanto al feminismo, Cajal no llega a los desdenes científicos de Moebius, ni tampoco a las exaltaciones societarias de Spencer. Tal vez cree, con Nietzche, que «el problema de la mujer se llama maternidad».

Esos temas que aguardan al filósofo, como la esfinge al caminante, para devorarlo, y que se llaman Muerte, Inmortalidad y Gloria, son afrontados por Cajal con serenidad socrática. Para él, la vida es un deber intransferible.

«El deseo de morir—escribe—, cuando no se funda sino en heridas de amor propio, revela absoluta carencia de altruísmo. Es confesar que no se ama a nadie y que ni la Patria ni la familia merecen esfuerzos ni sacrificios».

Este sentido militante de la vida, ni buscada ni excusada, unge de religiosidad la doctrina católica y satura de humanismo el libro de Cajal.

En cuanto a la inmortalidad: «Sólo nos satisface—expone—la integral, es decir, la continuidad del alma y el cuerpo, porque es la única que salva la personalidad, esto es, la construcción específica del cerebro individual, con todas sus ruindades, miserias y limitaciones».

Esta definición, como las respuestas ambiguas de la Pythia, parece una evasiva más que un juicio. El camino de Tebas del «Más allá» no es enfocado por la lente del microscopio. Cajal, con sus cuarenta años de manejar neuronas, fuentes de vida, no resiste cuarenta minutos la investigación del Gran Misterio.

¿Materialista? ¿Espiritualista? Esa «inmortalidad integral» es como la Esfinge del libro. Hay que huirla, porque devora.

(La Esfera, Madrid).

FEBRERO Y LOS POETAS

MANUEL GUTIÉRREZ NAJERA, EL HUMORISTA

POR LUIS G. URBINA

Este mes de febrero es implacable. Me da miedo verle llegar. ¡Y con razón! Le he visto llevarse mis poetas, a mis amigos, a muchos altos y nobles ingenios; arrancarlos de la vida, como el viento despoja los troncos ateridos, y echarlos sin piedad en el curso tenebroso de la muerte.

En este mes tristón, indeciso, que tiene mañanas presentidoras de la primavera, tardes de plata invernal, y noches de soplos fríos y neblinas amarillentas, la fatalidad ha puesto su dedo misterioso sobre algunas serenas y pensativas frentes que soñaban en la belleza. Me vienen, al azar, nombres bien amados y fechas dolorosas.

El maestro Altamirano murió en febrero. Murió frente al mar azul, bajo las amigas palmeras de la costa mediterránea. Aquel gran indio, debe de haber tenido ante sus ojos semiapagados, no aquel risueño pasaje extranjero que la realidad le presentaba, sino la visión de sus montañas surianas, de sus valles apretados de verduras, de sus ríos diáfanos y centelleantes, de sus manglares esmeraldinos, y sus fragantes naranjos decorados de bolas de oro, de su cálida y lujuriosa tierra, que dió al espíritu del poeta, tanto vigor, tanta sensualidad, tanta luminosidad...

Pepe Bustillos, extinguió la llama de su juventud, en un helado y desapacible día de febrero. En la ciudad de Toluca, en una cama de hospital rodeado de unos cuantos camaradas, dejó de latir aquel hermoso corazón de muchacho, aquella ánfora de bondad y de amor que el infantil bardo llevaba siempre entre las manos, y entregaba a todos, entre besos y risas, como en una jovial y loca dádiva. Era Bustillos una promesa de genio. Nadie, en su tiempo tuvo, como él, tan clara y fácil la inspiración, ni tan hondo y espontáneo el sentimiento de la forma.

En una noche de febrero murió MICROS, el regocijado costumbrista cuyo humorismo espolvoreado de blanca sal, espejeaba como una playa al sol. La ternura y la ironía se habían mezclado en aquella alma límpida, como dos delicados vinos en una copa de cristal. La obra de Angel de Cam-

po, no recogida aún en su totalidad, ni valuada en su intensidad, se singulariza por una admirable percepción de naturalista asociada a una suave penetración de psicólogo. Lo que veía era estimulante de lo que sentía. Era un observador emotivo, un poeta de sensibilidad femenina.

En febrero cayó, por fin, en un rincón de su tierra americana, el soberano Rubén Darío, príncipe de la lírica española, gran dominador del verbo, músico indito, sabio en la instrumentación de los vocablos y en la suavidad querubinesca de las melodías. Rubén no es un poeta, es el poeta, síntesis inefable de todos los ensueños, de todas las clarividencias, de todos los cantos, de todas las harmonías.

En febrero expiró aquí, rodeado de admiraciones y bendiciones, Manuel Gutiérrez Nájera, nombre que al despertar en mi corazón, lo llena de sonoridades, de ecos, resonancias; viejas risas, gritos de entusiasmo, versos de amor y de dolor, románticos vocativos de mujer, cascabeleos de fugitivas alegrías...

Varias veces he narrado ya esta escena de agonía que se hundió como un troquel en mi memoria y me dejó, en alto relieve, uno de mis más dolientes recuerdos. Hace cuatro años intenté describir aquel cuadro de muerte y un avisado crítico que leyó mis cuartillas hízome un sarcástico reproche que, aunque llevaba un grano de mala intención, no carecía, por cierto de verdad.

—Vamos,— me dijo—, esa relación podrá ser interesante para la familia del poeta, ¿pero para el público?...

Es cierto, el público quizás leyó con indiferencia mi trabajo, aunque yo creo que cuanto se refiere a la vida de un poeta consagrado es digno de conservarse para que el tiempo vaya labrando, a lentos golpes de análisis, la estatua perdurable, a la cual llegará la posteridad, a rendir al genio la ofrenda de sus flores y sus lágrimas.

Pero es que mi intención era más amplia que las páginas que, a manera de prólogo, van al frente de un florilegio del DUQUE JOB publicado por CULTURA. Estas páginas constituían sólo una especie de introducción a un somero estudio que desde entonces tenía pensado y en el que no he podido poner la mano, porque la suerte maltrayéndome de aquí para allá, no se ha dado punto de reposo conmigo, ni me ha dejado en libertad y serenidad para ir, como yo lo quisiera, a campo traviesa, por esos mundos de la meditación y el sueño.

Tenía desde entonces pensado relatar mis impresiones, no ya en la hora de la muerte, sino en todas las horas que conviví con esta criatura del Señor, buena como un ángel, tierna como un niño, y que bajo las apariencias de la frivolidad y la ligereza, escondía un pensamiento atormentado y un corazón herido.

Gutiérrez Najera ha sido juzgado y comentado, en su obra literaria. Es uno de los líricos de influencia decisiva —la primera tal vez—en la poesía moderna americana. Mas el hombre, el ser bondadoso, que luchó entre nosotros y que puso tanto aliento y tanta fe en su tarea cotidiana de arrojar, a diario, ideas y sensaciones a las fauces del Moloch insaciable de la prensa, no es aún bastante conocido, ni se sabe de multitud de trabajos suyos que se empolvan en las colecciones de los periódicos y que, bajo el anónimo o el seudónimo, encierran primores de estilo y juicios atinados y profundos.



Manuel Gutiérrez Nájera

Porque el DUQUE JOB, JUNIUS, PUCK, RECAMIER son disfraces que nada ocultan, puesto que el poeta los hizo célebres y los llevaba con la arrogancia de un Buckingham derrochador y fastuoso. Pero, es que en aquellos tiempos la manía de jugar al escondite con seudónimos, tomó proporciones de locura. El periodismo era como un baile de caretas. Pueril resultaba el juego; a la postre todo el mundo estaba en el secreto. En esta bufa mascarada, Manuel hacía un papel importantísimo. Su literatura varia, poliédrica, maleable, corría por las páginas de los diarios como un gnomo, volaba como un fuego fatuo.

El poeta elegante y melancólico, se transformaba en el satírico mordaz y cáustico. Limpiaba el escritor su pluma del jugo de azucenas y rosas con que escribía sus versos adorables, y la arrojaba en sangre de cantáridas. El romántico de ONDAS MUERTAS y de LA SERENATA DE SCHUBERT, se ponía el traje de Arlequín, y entonaba las más intencionadas y picarescas canciones. Como en los Cuentos de Hadas el príncipe azul, hechizado por la varita de virtud del talento, se volvía abeja zumbadora. Y lo mismo que en el poema de tristeza y de amor, era sutil en el picante y malicioso epigrama. No se encontraba la picadura que, al pasar, dejaba esta gracia fácil y cordial que traveseaba con el ingenio; antes el que sufría, sentíase atacado del agridulce escozor que experimenta Eros, punzado por la abeja ática en las estrofas del bucólico griego.

¡Qué encanto el de la sonrisa de Gutiérrez Nájera, en LA DUQUESA JOB, en LA MISA DE LAS FLORES, en PARA UN MENÚ, en PARA UN CORPIÑO! ¡Pero qué goce espontáneo, qué relámpago de alegría, los que provocaba la risa de estudiante desenfadado y atrevido, de aquel satírico de los PLATOS DEL DÍA!

Una sátira flexible, finísima, deslumbradora, que él manejaba con destreza suma, y que en sus manos parecía un sutil látigo de oro.

Este es el Gutiérrez Nájera desconocido, el que yo me he propuesto estudiar alguna vez, hurgando, en las hojas de la época y descubriendo el tesoro de regocijo que derramó, con gesto de manirroto intelectual, el sublime poeta del pensamiento desesperado, y el corazón herido...

•

Hoy, tres de febrero, se cumplen veintisiete años. La muerte del glorioso cantor, hermano mío, es uno de mis más dolorosos recuerdo. Los ojos de mi espíritu se vuelven hoy hacia el pasado brumoso, donde vagamente se agitan tantas sombras amadas...

México, febrero 3 de 1922.

(Excelsior, México, D. F.)

El cultivo de los mejores o un homenaje a Goethe

Por CORPUS BARGA

DEPENDE de nuestra voluntad crear el genio? No. Pero depende de nosotros crear medios intelectuales, medios de gran cultura. Hay un ejemplo famoso, clásico: lo que ha sido Weimar a causa de Goethe». Así hablaba la otra tarde, en la Cámara francesa, un diputado nacionalista: Mauricio Barrés. ¿Quién si no Mauricio Barrés podía en Francia, y sobre todo en la Cámara de los Diputados, rendir homenaje a Goethe? Este año

se ha venido haciendo por muy diversos medios, además de los políticos, la crítica de Barrés. Hasta se ha hecho con él algo de lo que él hizo con Renán; aquellos famosos «Ocho días en casa del señor Renán». Y un joven literato de buenas ideas ha escrito pluralizando: «Saboreamos en Mauricio Barrés un curioso método jesuita aplicado a la negación». No otro método empleaba ya Barrés en aquellos famosos «Ocho días». Queda por averiguar si en el diputado nacionalista y fundador de la Liga de Patriotas ha sobrevivido ocultamente el «hombre libre» y destructivo de los primeros tiempos, o si en vez de las dos personalidades vistas en Barrés, la del «hombre libre» y la del hombre ligado, no hay más que una personalidad crítica o de un momento crítico, dotada para la negación de un método digamos jesuita, pero cuya afirmación es de la escolástica más pura. Su culto a Goethe es una de las afirmaciones de Mauricio Barrés, dentro de la escolástica política, que hace del país del Reno, adonde salió Goethe, una tierra de promisión para Francia y busca, Alemania adentro, muchos Weimares: el particularismo. Barrés, dentro de la ortodoxa política francesa, odia en Alemania, bajo el epíteto de lo prusiano, lo nacional, y admira, por el particularismo, lo que ha sido universal. Barrés en Goethe no es al alemán a quien reconoce sino al hombre.

Otro parlamentario letrado, el jefe del partido radical, señor Herriot, interrumpió a Barrés: «¿Es Weimar quien ha hecho a Goethe, o Goethe quien ha hecho a Weimar?» Comprendéis la malicia de la pregunta; quería decir: ¿fué un buen medio alemán lo que hizo al genio o el genio quien dotó de un buen medio a los alemanes de Weimar? Naturalmente, Mauricio Barrés, contestó: «Es Goethe quien ha hecho a Weimar». Pero sus razones fueron estas genéricas: «¡No! Ninguna duda, una gran alma, un genio hace su medio, resplandece y transfigura, con su contacto, los hombres y las cosas. Y esta es la esencia del razonamiento que intento presentaros». Se discutía el presupuesto de Instrucción pública. Barrés, que se ha apiadado otras veces sobre el estado lastimoso de las catedrales francesas bajo el régimen laico, emplea ahora los mismos acentos de piedad para demandar el enriquecimiento de los laboratorios, tan pobres en Francia. Y su tesis, llena de espíritu, es que no basta renovar el material, se necesita crear el entusiasmo intelectual, el Weimar de Goethe: allí donde haya un hombre de excepción, darle un tratamiento de excepción. Cuando todos los profesores tienen los mismos sueldos, todos, hasta los excepcionales, quieren hacer la misma carrera: ir a la capital. Evidentemente, así no se crean medios intelectuales. París estaría poco adornado si no se adornara con más rosas que las cultivadas en París. Conviene descentralizar al genio, es decir, hay que darle todas las facilidades materiales para que él sea un centro allí mismo donde irradia. Hay que favorecer a los mejores, y donde puedan hacer lo mejor. Tal es el programa propuesto por el diputado Barrés para el cultivo de la *élite*.

Existen países que sin ser precisamente democráticos, se dedican, en todo orden, al cultivo y favorecimiento de los peores. Mas, el cultivo de la *élite* es una preocupación de las democracias. Es preciso arreglarlo. No se puede dejar al azar de un buen príncipe que, como el duque de Weimar, sea capaz de proteger a un Goethe. Quizá lo más curioso de la Revolución experimental de Rusia ha sido ver cómo la implantación integral de la democracia, del comunismo, dependía de un partido depurado, de una *élite*, en fin. Pero el problema es más que político en la civilización de las grandes democracias burguesas. Y, después de la guerra, lo que le ha hecho más daño a Francia es tener menos que otras naciones el intelectual algo descentralizado, algo independiente y universal...

Anatole France se hace el sueco.—En ciertas *élites*, en ciertas clases directoras y hasta liberales de Francia ha indignado la calaverada de Anatole France, a quien ni sus amigos, ni sus hábitos sedentarios, ni sus años, ni un constipado le han disuadido de ir este diciembre a recoger en Estocolmo su premio Nobel, y dar a los cuatro vientos de esa fiesta internacional e intelectual, unas palabras severas contra la política europea.

París y diciembre.

(*El Sol*, Madrid).

México en Norteamerica

COMO SE JUZGA NUESTRA CULTURA

Por JOSÉ JUAN TABLADA

En anterior artículo [1] prometí dar a conocer a los lectores el halagüeño concepto que a Waldo Frank, sociólogo norteamericano, defensor del indio, merece el espíritu mexicano.

Si hace algunos años, no muchos, se nos hubiese dicho que un ilustrado y vigoroso escritor americano exaltaría la cultura mexicana, en la misma obra en que escarnece al practicismo, doblado de hedonismo, de su propio país, no lo hubiéramos creído...

Como que estaba de moda, en cines y grandes diarios, englobar a toda la nación mexicana en los anatemas contra el bandidaje y confundir el espíritu del bandolerismo con el de toda la nación atónita y doliente!

Sin embargo, el fenómeno se ha producido. Waldo Frank afirma los privilegios de su clara inteligencia, de sus anhelos espirituales y de su robusta consciencia, desconociendo la verdad oficial de las cancillerías y arrojando al jingoísmo imperialista de su patria esta sentencia: «México fué protervamente atacado y robado de un vasto dominio en el Oeste.» Esto incidentalmente, al bosquejar los grandes movimientos políticos de la historia de Norteamerica.

Pero en otro capítulo de su misma obra es explícito y categórico. Ese capítulo titulado: «El país de las culturas sepultadas» es, según el autor afirma, un símbolo para toda la América del Norte. Refiere la visita de Waldo Frank a Puebla, Colorado, del territorio que fué nuestro, y es tan inusitado y resulta tan inefable, que un norteamericano hable de México en términos halagüeños, que debo prescindir de la transcripción libre y traducir textualmente a Waldo Frank. De otro modo la satisfacción que van a experimentar los lectores resultaría debilitada. Dice nuestro ilustre amigo Waldo Frank:

«Conmigo, en el guayín, hay mexicanos y un anglo-sajón. La gente mexicana habla mucho y acciona; los hombres visten de colores brillantes y las mujeres de negro, pero sus ojos profundos y tranquilos semejan sombríos pozos de verano donde muchos colores han caído y sus cabellos de tan negros, son azules. El anglo-sajón es más tranquilo, más pálido y más rico que todos nosotros juntos. El guayín sale de la sucia ciudad industrial, vuela junto a la falda de un cerro y allí, frente a nosotros, está eso de que quiero hablar... Más allá, contra el sol, se levantan las altas chimeneas de las ferrerías, sobre la cumbre del monte. Una docena de torres vomitan humo sobre el cielo. El sol cae sobre los edificios almenados y los hace brillar y culminar. Abajo el cerro se asienta sobre terreno árido, un estéril

---

(1) Veáse en el REPERTORIO Nº 1 del tomo en curso, el artículo *Norteamerica rudamente juzgada*.

desperdicio terráqueo cuya fuerza parece haber sido chupada por las vencedoras ferrerías de la cumbre. En ese socavón desolado hay chozas de adobe diseminadas, del color de la tierra desechada y manchadas de hollín y perdidas entre ambas cosas. Las chozas están en la sombra, pues el sol y la cumbre del cerro agolpan todo el color de los cielos sobre las ferrerías.

»Estas son las casas de los mexicanos a quienes un día estos terrenos pertenecieron y que fueron incapaces de coronar con fábricas sus tierras. Ahora acarrean carbón y el humo de sus acarreos cubre de negrura sus antiguos valles.

»Las fundiciones de acero no están por doquiera, en las antiguas tierras mexicanas de los Estados Unidos, pero si está el producto de las fundiciones y el espíritu del acero. Cuando no hay hollín las casas de adobe no están pringadas y brillan como el oro bajo el ardiente cielo azul. Son de la misma tierra en que reposan, de la tierra de ese pueblo y de la tierra de sus manos, armoniosas y por lo tanto bellas. Y uno puede llegar a su interior que es maravillosamente caliente en invierno y una vez dentro, vislumbrar un mundo sepultado.

»El mexicano no fué un «pioneer» ideal. Se sintió unido a su tierra y la amó y extrajo de ella placer y belleza. Esto prueba que no era un ideal «pioneer», que siempre debe estar listo para ir de un lugar a otro y debe tener ambiciones más «serias». Las poblaciones de los mexicanos en el Sudoeste americano están esparcidas y diseminados en derredor, hay nuevos centros —las habitaciones de los «gringos» que hallaréis por todas partes, casas de madera lisa, parcamente embadurnadas de pintura, o sin pintar y ya comidas por la intemperie. Comunmente esas casas tienen techos planos de hoja de lata que por el frente tienden un remedo de alero. Todas sugieren impermanencia, indiferencia ante la naturaleza, absorción en otros negocios. Pero las casas mexicanas de adobe nos entregan toda su vida interior y parecen decir que allí se ha asentado un hombre buscando la felicidad en harmonía con el medio y buscando la vida por el cultivo y no por la explotación.

»Hay una terrible humildad en esas casas acurrucadas, graneadas de paja con sus ventanas de brillante azul y sus flores de granga. Y si usted conoce al mexicano que en ellas vive, se dará cuenta de la tragedia. Porque el mexicano está agobiado y abatido y se mueve como alguien que se sintiera como un perro entre los hombres. Dobla el cuello bajo la fundición de acero y ante los manufactureros de acero, que son duros y astutos capataces. Los americanos viven en feas casas, por tanto el mexicano desprecia el sentimiento de intimidad que le hizo embellecer su propia morada. Los americanos acuden a la Máquina tanto para su placer como para su subsistencia, por lo tanto el mexicano desprecia el trabajo de sus propias manos. Nada de lo que es suyo merece la aprobación de los «gringos» pues para ellos el mexicano es un «greaser», un mestizo, un «negro». Los americanos son los más fuertes y los americanos no lo respetan; ¿qué, pues, puede ganar respetándose a sí mismo? Así el mexicano en Estados Unidos, se hunde como alguien que ha perdido su fe y abdicado de su orgullo y se hace disoluto, desamparado, insolente y rastrero. Cae, víctima de sus ardientes pasiones suprimidas y se incorpora a órdenes místicas como la de los «Penitentes» —decadente reliquia de los Flageladores de España—cuyos sangrientos ritos sacrificatorios le dan satisfacción perversa a su miseria y a su miedo.

»Y a pesar de todo, esas regiones del Sudoeste que ya los mexicanos habían colonizado cuando los americanos las invadieron con su artillería superior, ostentan aún el sello mexicano, porque únicamente el mexicano logró obtener cierta cultura del árido suelo de esas regiones.

»*Y es el americano quien culturalmente se somete*.

»El mexicano se encontró con el indio y aprendió de él. Mucho de lo que es bello en la vida mexicana tiene su clara fuente en las antiguas culturas indias, pero la adaptación sincera es tanto como la creación. El mexicano ha hecho de la casa de adobe su morada, añadiéndole su color y su genio.

»Con la cerámica mexicana, los productos de los telares mexicanos, la joyería mexicana, pasa otro tanto. La legítima alianza del indio y el español ha producido una cultura nativa. El humilde mexicano es articulado y el americano altanero no lo es. Porque el mexicano ha vivido realmente en su terruño, y cultivado en él su espíritu y no sólo su maíz, encorvándose afanosamente para conquistar. Y cuando se penetra en las casas de los escasos americanos inteligentes del Sudoeste se realiza cuán positivamente ha vencido la raza fustigada. Las paredes que dan calor o frescura, la alfombra que se pisa, el alimento que se come, proclaman al amo mexicano.

»Lo triste es que ese dominio sea tan breve y tan superficial. Los americanos ni aprenden ni se asimilan nada. En sus manos, las expresiones integrales de la vida mexicana—su notable armonía con el mundo nativo americano—se convierten en juguetes pintorescos, en motivos para imitaciones comerciales y baratas y, a la inversa, la creciente dominación del «gringo» está destruyendo con las patas, el impulso de donde surgió esa cultura nativa, que bien pronto, atravesando la frontera, habrá huido hacia el sur. Hay una multitud de coleccionadores, que como nube de langosta caen sobre los cerros de Nuevo México y de la California del sur y hacen su agosto de viejas pinturas, de loza y de zarapes... Pero América estuvo por mucho tiempo aislada de esa riqueza espiritual que floreció a lo largo de las orillas del Gran Desierto. No tuvo ojos para el encanto de las casas de adobe, ni para el fuego de ese pueblo que aun arde bajo el anatema del mundo industrial, como joyas entre la sombra...

»Mas ahora, cuando América está lista para ver y para aprender, los mexicanos están ya perdidos en el sortilegio de los botes de hoja de lata y de las etiquetas litografiadas... Porque lo que ha estado sepultado debe morir, seguramente...»

Creemos muy importante lo anteriormente transcrito. Creemos que es un valioso testimonio de una actitud



ANGEL GANIVET

Egregio escritor español, de quien los señores Falcó y Borrasé, de esta plaza, acaban de editar algunas páginas selectas con el título de *Pequeño Ideario*.

Hizo la selección don Elías Jiménez Rojas. Es recomendable el folleto y se vende a **¢ 0.50.**

novísima de los norteamericanos respecto de nuestros valores universales, los únicos eternos y estables en medio de las contingencias políticas y económicas.

Creemos que todo ello se impone a la meditación de nuestros pensadores y, sobre todo, de nuestros gobernantes...

Yo me contento con revelarlo (por si no lo han hecho aún nuestros representantes diplomáticos o consulares), y termino, para conjurar ese «sortilegio de la hoja de lata», contagio norteamericano, citando al autor de «La Suave Patria», a López Velarde, genuino representante de esta cultura que conmueve a los norteamericanos más que a nosotros mismos:

«Patria, te doy de tu dicha la clave,
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario»

. . . .

Nueva York, Setiembre, 1921.

(*Excelsior*. México, D. F.)

La mujer rusa en 1921

POR FRANCIS TREAT [1]

LAS mujeres rusas? ¿Cuál es su vida, qué puede ser su vida en un país en pleno caos de transformación y reconstrucción? En primer término están más íntimamente, más estrechamente mezcladas a todas las manifestaciones de la vida de su país, que las mujeres de la Europa Occidental, cuyo esfuerzo por ajustarse al cuadro de su siglo no ha servido con frecuencia sino al desequilibrio de un feminismo estéril. «Aquí no existe cuestión femenina»—me decía Kollontaï este verano.

*

«EXISTEN ciertas funciones propias de la mujer, ciertas tareas de las cuales entiende mejor que el hombre y que le son confiadas». Pero es miembro de la República de los soviets con el mismo título que él. La palabra camarada no tiene género.

Esto no quiere decir que la suerte de la mujer sea siempre venturosa en un país en donde la revolución económica está en su cenit. Algunas veces por sus lazos íntimos, por sus deberes de familia, tiene una situación más difícil que la del hombre. Pero por donde quiera, en la Rusia actual, lleva su parte de responsabilidad social. Trabaja en su tarea de reconstrucción como ha trabajado en la Revolución.

¿Qué es hoy de las que formaron la *élite* revolucionaria de los primeros días? Fué una de las primeras preguntas que me hice a mi llegada a Rusia. La respuesta no se hizo esperar. Cuando el Congreso femenino (que precedió al Congreso de la Tercera Internacional) todas aquellas que la enfermedad y la muerte habían respetado, todas las que quedaban del antiguo «estado mayor», se encontraban en Moscou.

*

LA primera que encontré fué Alexandra Kollontaï, antigua comisaria de la prevención social, miembro del partido bolchevike en la época en que—según el decir de la misma Kollontaï—«el partido entero habría cabido en un solo banquillo». Hoy organaniza y dirige el trabajo emprendido por las mujeres del partido comunista.

Seductora y joven a pesar de sus cuarenta y cinco años, graciosa en sus gestos y palabras, con su energía y capacidad de trabajo enormes, con su formación aristocrática y su evolución proletaria, permanece el tipo de mujer de los primeros años de la revolución. Comunista intransigente, fué el alma de esta «oposición obrera» que en el último invierno habría podido modificar el nuevo programa económico del Estado, si hubiese sabido formular una crítica verdaderamente constructora. Desde la interrupción del movimiento, Kollontaï se consagra exclusivamente a la obra de propaganda social y política entre las mujeres y de los problemas que le atañen particularmente: la protección a la maternidad, a la infancia, la lucha contra la prostitución, etc. En el partido comunista, pertenece a la minoría izquierda de la cual ha presentado los resultados en el Tercer Congreso Internacional.

Lilina, la mujer de Zinoviev, llena en Petrogrado las mismas funciones que Kollontaï en Moscou. Es una mujercita dinámica, sin edad, con movimientos vivos de pájaro, de palabra neta, sencilla, sin pretensiones. Organizadora de casas-cunas, de asilos, de orfanatos, de cocinas populares: se la ve por donde quiera. Por los meetings, en las fábricas, en las oficinas de administración pasa su cabeza de muchacho y su naricilla arremangada, dejando algunas veces (se dice) tras sí la confusión, pero suscitando siempre la actividad.

Angélica Balavanova, antigua secretaria de la Internacional, por el contrario, sale rara vez de la atmósfera tranquila de su «instituto» ¡Y qué oasis de paz en medio de la fiebre de Moscou, esta escuela a la cual ella se consagra hoy enteramente! Se puede decir que todos los pasajeros de Moscou vienen a la Balavanova, esta dulce anciana revolucionaria, cuya gracia maternal ha sabido comprender y apaciguar a los más inquietos. Amiga de Sadoul, amiga de Raymond Lefebvre, amiga de tantos otros de Italia, de Alemania, de Francia. En desacuerdo con la política actual de los dirigentes de la Tercera Internacional, fiel sobre todo a las antiguas amistades, se ha retirado de toda participación activa en los trabajos del Ejecutivo. Sin embargo, permanece siempre unida por una estrecha simpatía a más de uno

(1) De los Estados Unidos y a quien una larga permanencia en Rusia le concede autoridad en sus opiniones.

de los jefes, y problemas espinosos vienen a encontrar su solución en el día tamizado de su gabinete de trabajo. La primera vez que la ví apenas se reponía de una enfermedad de varias semanas. Acababa de recibir la visita de algunos miembros de la Delegación sueca que le había traído comprimidos de quinina, café y algunos botes de conserva. Durante mi visita ofrecía todas estas cosas preciosas a un gran diablo, un jóven médico que partía esa misma tarde para el Cáucaso; y cuando me despedía quiso a toda fuerza hacerme el presente de un paquetito de pan tostado y de media libra de arroz.

Algunas ocasiones encontré en los pasillos del Kremlin una mujer de rostro dolorido, que arrastraba un triste traje gris o envuelta en los pliegues de un viejo impermeable. Era Kruppskaya, la esposa de Lenine—fatigada y enferma, pero trabajadora encarnizada. Doctrinaria implacable, es a ella a quien está confiada la inmensa organización de la educación política. Como su marido, pasa la vida en la atmósfera laboriosa de la oficina y de las comisiones.

Hoy «las grandes mujeres de la revolución» continúan su trabajo agotadas, a menudo con sufrimientos, dejadas atrás en ocasiones por la marcha de los acontecimientos, pero siempre voluntarias.

Más interesantes aun, desde el punto de vista del porvenir, son las jóvenes que las rodean, las que han nacido de la revolución: Nikolaya, obrera de Petrogrado; Martova, comisaria del pueblo de la Ukrania. Estas muchachas de cabellos cortados al rape, (no es por «pose» sino simplemente el resultado del tifus), descalzas, vestidas a menudo como esta joven militante del barrio rojo de Moscou que aun me parece ver con su vieja falda y su capote de soldado.

(Tomado de *Clarte*, París).

Noches de lectura

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES, por Luis Araquistain

DESPLIEGA Luis Araquistain en esta farsa novelesca un espíritu de ironía sutil que le coloca muy fácilmente en primera línea entre los escritores contemporáneos del género.

Acompaña en su obra otra, la obra de un egoísta que ante todo y sobre todo coloca el interés de la propia personalidad, que se hincha cada vez más y que pretende serlo todo aun, cuando para obtener su anhelo innoble se vea precisado a mover hilos falsos de la urdimbre humana, cuyos movimientos han de repercutir en perjuicio de la misma patria suya.

Herculano Cacodoro quiere hacerse rico por medio de la fabricación de ciertas píldoras rejuvenecedoras que cree de imprescindible uso en estos tiempos en los que todo—hasta la misma juventud—parece afectado por una senilidad infecunda.

Un inteligente halagador de ajenas vanidades—Modesto Escudero—se pone a las órdenes, le insinúa la idea de hacer un diario cuyo objeto primordial sea el de hacer propaganda intensa a las píldoras herculinas y cuyo secundario interés sea el de promover la prosperidad de las comunidades que se dediquen a su lectura.

Y nace *El Orden*, nombre equívoco que lo mismo puede referirse—como afirma Escudero—al orden vigente de los satisfechos como al orden ideal de los descontentos y de los utópicos.

La novela de Araquistain sigue paso a paso la curva ascendente del periódico de Cacodoro y la del mismo productor de las píldoras que habían de rivalizar con las preparaciones vigorizadoras de Steinach y Veronoff.

Tiene la obra detalles de una exactitud asombrosa, relatos de intimidades políticas y periodísticas de todos los países y de todas las épocas que hacen de esta farsa novelesca un documento humano de alta trascendencia social.

Las combinaciones que hacen surgir a don Herculano son de intensa realidad así como son de perfecta exactitud las observaciones que, como sin querer, aparecen aquí y allá acerca de la vida española contemporánea, cuyos tres ideales—según el autor—tienen sus respectivos templos en la misma calle de Alcalá o en sus aledaños: la Plaza de Toros en donde se realiza el ideal de embriaguez y olvido por medio de un espectáculo de intensa fermentación psíquica; el Banco Nacional en donde se venera el anhelo de la riqueza que se forma y se multiplica sin riesgo alguno; el Ministerio de Gobernación en donde se rinde pleito homenaje al ansia inconmensurable de dominio por medio de la violencia disfrazada de ley.

El Orden desea llegar a ser el único potente director de la opinión pública y para obtenerlo pretende convertirse en poder político escalando las posiciones oficiales de primer orden, aun cuando para alcanzarlas tenga que recurrir a medios de índole delicada, que al ser conocidos por los componentes de la nación, provocan un movimiento agresivo que no se siente satisfecho sino cuando ve que las llamas se alzan, purificadoras, del edificio en donde tantos manejos innobles se llevaron a cabo.

El espíritu cómico de esta farsa novelesca es de aquellos que saben concebir una situación bien determinada, que con los personajes escogidos se relaciona y la analiza y la describe sin querer rechazar ninguno de los detalles que, ante ojos profanos, pudieran parecer accesorios; hay perfecta visión de la idea primordial, interesante selección de escenas principales y secundarias y armonía completa entre el concepto de la obra y el estilo en ella usado.

Es, en resumen, una de las mejores farsas novelescas escritas en estos últimos tiempos.

j. f. g.

(Envío del Autor)

Lea el REPERTORIO y recomiéndole a sus amigos.

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	4-00 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

En el próximo REPERTORIO

Artículos de MAEZTU, ARAQUISTAIN, VINYES, PUCKETT, LUIS DE ZULUETA, etc.

Versos de HUMBERTO TEJERA.

"Los Cuentos de mi Tía Panchita"

En prensa está la segunda edición, aumentada, de «Los Cuentos de mi Tía Panchita».

Será un tomo más de «El Convivio de los Niños». Así pues, se tratará de imprimirlo en caracteres que puedan ser leídos aun por niños de Ier grado al finalizar el curso; serviría también como libro de lectura corriente en el IIº.

Los maestros e interesados pueden hacer los pedidos al Editor señor García Monge, en la Biblioteca Nacional. El valor de cada ejemplar será **¢ 2.00;** con todo, si la cantidad de pedidos es grande podrá disminuir el precio.

Estas publicaciones de «El Convivio de los Niños» podrían tener una vida más activa si los maestros prestaran una ayuda resuelta

Tenemos en proyecto publicar en esta serie algunas tradiciones de Ricardo Palma y una edición de las *Aventuras de Pinoquio*, de C. Collodi. La realización de tal proyecto ofrecería a los educadores una corriente de lecturas amenas para sus discípulos.

Lector amigo: ¿A usted de veras le gusta el Repertorio? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica